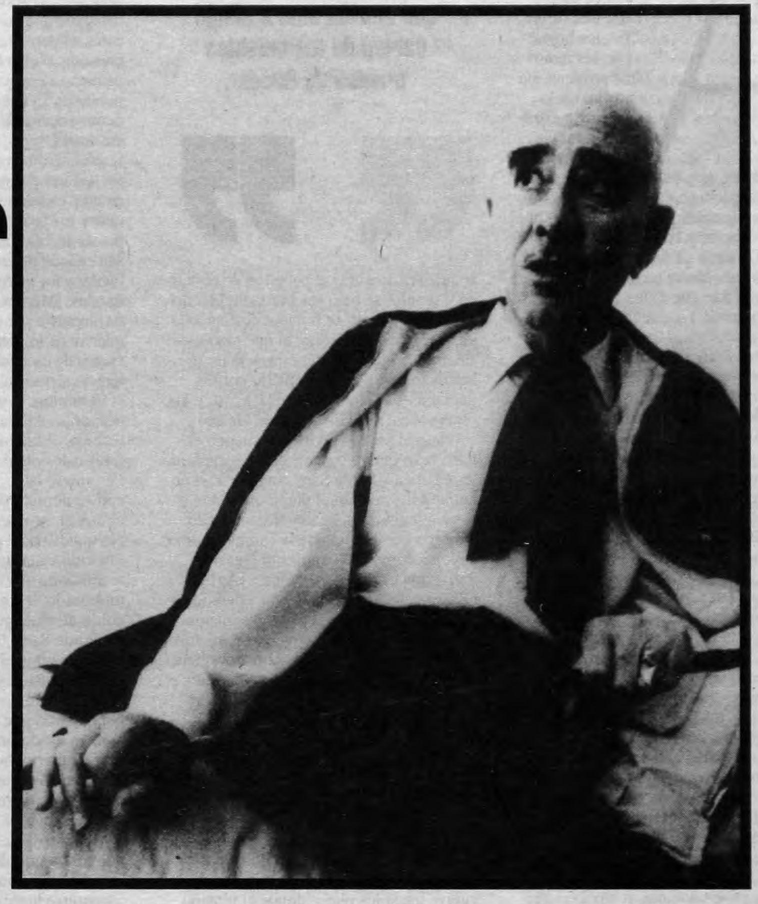
Manuel Mujica Lainez



Nació en 1910 y perteneció a una aristocracia familiar porteña que tenía notables precedentes literarios: Juan Cruz Varela y Miguel Cané. Resulta imposible encasillarlo en algún grupo o corriente: su exigente cuidado de la forma, su indiferencia por las pautas del realismo y su rechazo de todo mensaje parecen llevar a considerarlo un tardío epígono del grupo Florida, pero su irresistible atracción por Proust y la novela psicológica francesa, su relación con la tradición literaria española, el corte clásico y castizo de su lengua, sus incursiones eventuales en lo fantástico y su preferencia por la estructura narrativa tradicional, o incluso barroca, alejada de cualquier pretensión experimental, lo alejan irremediablemente de ese grupo. En su obra hay dos vertientes claras: aquellas que son, a su manera, una indagación de "lo argentino" (más exactamente, de la clase alta argentina) y aquellas más cosmopolitas, que transcurren en el Renacimiento italiano (*Bomarzo,* 1962) o la Alta Edad Media francesa (*El unicornio*, 1965).

En 1943 escribió *Canto a Buenos Aires*, una extensa oda que Borges confesó "querría haberla escrito yo". En 1950 aparecen los relatos de *Misteriosa Buenos Aires* ("El hambre" pertenece a este libro), una especie de reconstrucción literaria de la historia de la ciudad.

Pero probablemente su obra más ambiciosa y perfecta sea *El escarabajo*, de 1982, novela ligada con la picaresca española cuyo protagonista, un talismán de lapislázuli con forma de escarabajo creado para la reina Nefertari, relata a su único oyente, una estatua de Poseidón, en el fondo del mar Egeo, su larga existencia.

En el *Viaje de los siete demonios* (1973) Mujica se muestra más corrosivo que nunca: el Diablo, furioso con los siete demonios que corporizan los pecados capitales, los envía a la Tierra a cumplir la misión que desatienden en el Infierno. Pero la tarea se complica porque a cada uno le corresponde un asunto no vinculado en absoluto con su idiosincrasia.

Bomarzo traza la biografía del duque Pier Francesco Orsini. Con prolijo detallismo se narran las múltiples anécdotas que le ocurren al duque y en las que aparecen, a la vez, varias celebridades de la historia, la literatura y el arte: Paracelso lo cura, Cellini le regala un anillo, Miguel Angel no puede cumplir un encargo suyo, Cervantes le salva la vida en Lepanto, Carlos V lo nombra caballero.

El más novelista de los novelistas argentinos murió en 1984, después de haber escrito más de veinte libros, todos ellos inusualmente perfectos.

> **Don Pedro se niega a ver sus ojos hinchados y sus labios como higos secos, pero en el interior de su choza miserable y rica le acosa el fantasma de esas caras sin torsos, que reptan sobre el lujo burlón de los muebles traídos de Guadix.**

Alrededor de la empalizada desigual que corona la meseta, frente al río, las hogueras de los indios chisporrotean día y noche. En la negrura sin estrellas meten más miedo todavía. Los españoles, apostados cautelosamente entre los troncos, ven al fulgor de las hogueras destrenzadas por la locura del viento, las sombras bailoteantes de los salvajes. De tanto en tanto, un soplo de aire helado, al colarse en las casucas de barro y paja, trae con él los alaridos y los cantos de guerra. Y en seguida recomienza la lluvia de flechas incendiarias cuyos cometas iluminan el paisaje desnudo. En las treguas, los gemidos del Adelantado que no abandona el lecho, añaden pavor a los conquistadores. Hubieran querido sacarle de allí; hubieran querido arrastrarle en su silla de manos, blandiendo la espada como un demente, hasta los navíos que cabecean más allá de la playa de toscas, desplegar las velas y escapar de esta tierra maldita; pero no lo permite el cerco de los indios. Y cuando no son los gritos de los sitiadores ni los lamentos de Mendoza, ahí está el angustiado implorar de los que roe el hambre, y cuya queja crece a modo de una marea, debajo de las otras voces, del golpear de las ráfagas, del tiroteo espaciado de los arcabuces, del crujir y derrumbarse de las construcciones ardientes.

Así han transcurrido varios días; muchos días. No los cuentan ya. Hoy no queda mendrugo que llevarse a la boca. Todo ha sido arrebatado, arrancado, triturado: las flacas raciones primero, luego la harina podrida, las ratas, las sabandijas inmundas, las botas hervidas cuyo cuero chuparon desesperadamente. Ahora jefes y soldados yacen doquier, junto a los fuegos débiles o arrimados a las estacas defensoras. Es difícil distinguir los vivos de los muertos.

Don Pedro se niega a ver sus ojos hinchados y sus labios como higos secos, pero en el interior de su choza miserable y rica le acosa el fantasma de esas caras sin torsos, que reptan sobre el lujo burlón de los muebles traídos de Guadix, se adhieren al gran tapiz con los emblemas de la Orden de Santiago, aparecen en las mesas, cerca de Erasmo y el Virgilio inútiles, entre la revuelta vajilla que, limpia de viandas, muestra en su tersura el "Ave María" heráldico del fundador.

El enfermo se retuerce como endemoniado. Su diestra, en la que se enrosca el rosario de madera, se aferra a las borlas del techo. Tira de ellas enfurecido, como si quisiera arrastrar el pabellón de damasco y sepultarse bajo sus bordadas alegorías. Pero hasta allí se hubiera deslizado la voz espectral de Osorio, el que hizo asesinar en la playa del Janeiro, y la de su hermano don Diego, ultimado por los querandíes el día de Corpus Christi, y las otras voces, más distantes, de los que condujo al saqueo de Roma, cuando el Papa tuvo que refugiarse con sus cardenales en el castillo de Sant'Angelo. Y si no hubiera llegado aquel plañir atroz de bocas sin lenguas, nunca hubiera logrado eludir la persecución de la carne corrupta, cuyo olor invade el aposento y es más fuerte que el de las medicinas. ¡Ay! no necesita asomarse a la ventana para recordar que allá afuera, en el centro mismo del real, oscilan los cadáveres de los tres españoles que mandó a la horca por haber hurtado un caballo y habérselo comido. Les imagina, despedazados, pues sabe que otros compañeros les devoraron los muslos.

¿Cuándo regresará Ayolas, Virgen del Buen Aire? ¿Cuándo regresarán los que fueron al Brasil en pos de víveres? ¿Cuándo terminará este martirio y partirán hacia la comarca del metal y de las perlas? Se muerde los labios, pero de ellos brota el rugido que aterroriza. Y su mirada turbia vuelve hacia los platos donde el pintado escudo del Marqués de Santillana finge a su extravío una fruta roja y verde.

Baitos, el ballestero, también imagina. Acurrucado en un rincón de su tienda, sobre el suelo duro, piensa que el Adelantado y sus capitanes se regalan con maravillosos festines, mientras él perece con las entrañas arañadas por el hambre. Su odio contra los jefes se torna entonces más frenético. Esa rabia le mantiene, le alimenta, le impide echarse a morir. Es un odio que nada justifica, pero que en su vida sin fervores obra como un estímulo violento. En Morón de la Frontera, detestaba al señorío. Si vino a América fue porque creyó que aquí se harían ricos los caballeros y los villanos, y no existirían diferencias. ¡Cómo se equivocó! España no envió a las Indias armada con tanta hidalguía como la que fondeó en el Río de la Plata. Todos se las daban de duques. En los puentes y en las cámaras departían como si estuvieran en palacios. Baitos les ha espiado con los ojos pequeños, entrecerrándolos bajo las cejas pobladas. El único que para él algo valía, pues se acercaba a veces a la soldadesca, era Juan Osorio, y ya se sabe lo qué pasó: le asesinaron en el Janeiro. Le asesinaron los señores por temor y por envidia. ¡Ah, cuánto, cuánto les odia, con sus ceremonias y sus aires! ¡Como si no nacieran todos de idéntica manera! Y más ira le causan cuando pretenden endulzar el tono y hablar a los marineros como si fueran sus iguales. ¡Mentira, mentiras! Tentado está de alegrarse por el desastre de la fundación que tan recio golpe ha asestado a las ambiciones de esos falsos príncipes. ¡Sí! ¿Y por qué no alegrarse?

El hambre le nubla el cerebro y le hace desvariar. Ahora culpa a los jefes de la situación. ¡El hambre! ¡el hambre! ¡ay! ¡clavar los dientes en un trozo de carne! Pero no lo hay... no lo hay... Hoy mismo, con su hermano Francisco, sosteniéndose el uno al otro, registraron el campamento. No queda nada que robar. Su hermano ha ofrecido vanamente, a cambio de un armadillo, de una culebra, de un cuero, de un bocado, la única alhaja que posee: ese anillo de plata que le entregó su madre al zarpar de San Lúcar y en el que hay labrada una cruz. Pero así hubiera ofrecido una montaña de oro, no lo hubiera logrado, porque no lo hay, porque no lo hay... No hay más que ceñirse el vientre que punzan los dolores y doblarse en dos y tiritar en un rincón de la tienda.

El viento esparce el hedor de los ahorcados. Baitos abre los ojos y se pasa la lengua sobre los labios deformes. ¡Los ahorcados! Esta noche le toca a su hermano montar guardia junto al patíbulo. Allí estará ahora, con la ballesta. ¿Por qué no arrastrarse hasta él? Entre los dos podrán descender uno de los cuerpos y entonces...

Toma su ancho cuchillo de caza y sale tambaleándose.



El ha

Por Manuel

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *Misteriosa Buenos Aires*. Se reproduce aquí por gentileza

El hambre

Por Manuel Mujica Lainez

Alrededor de la empalizada desigual que corona la meseta, frente al río, las hogueras de los indios chisporrotean día y noche. En la negrura sin estrellas meten más miedo todavía. Los españoles, apostados cautelosamente entre los troncos, ven al fulgor de las hogueras destrenzadas por la locura del viento, las sombras bailoteantes de los salvajes. De tanto en tanto, un soplo de aire helado, al colarse en las casucas de barro y paja, trae con él los alaridos y los cantos de guerra. Y en seguida recomienza la lluvia de flechas incendiarias cuyos cometas iluminan el paisaje desnudo. En las treguas, los gemidos del Adelantado que no abandona el lecho, añaden pavor a los conquistadores. Hubieran querido sacarle de allí; hubieran querido arrastrarle en su silla de manos, blandiendo la espada como un demente, hasta los navíos que cabecean más allá de la playa de toscas, desplegar las velas y escapar de esta tierra maldita; pero no lo permite el cerco de los indios. Y cuando no son los gritos de los sitiadores ni los lamentos de Mendoza, ahí está el angustiado implorar de los que roe el hambre, y cuya queja crece a modo de una marea, debajo de las otras voces, del golpear de las ráfagas, del tiroteo espaciado de los arcabuces, del crujir y derrumbarse de las construcciones ardientes.

Así han transcurrido varios días; muchos días. No los cuentan ya. Hoy no queda mendrugo que llevarse a la boca. Todo ha sido arrebatado, arrancado, triturado: las flacas raciones primero, luego la harina podrida, las ratas, las sabandijas inmundas, las botas hervidas cuyo cuero chuparon desesperadamente. Ahora jefes y soldados yacen doquier, junto a los fuegos débiles o arrimados a las estacas defensoras. Es difícil distinguir los vivos de los muertos.

Don Pedro se niega a ver sus ojos hinchados y sus labios como higos secos, pero en el interior de su choza miserable y rica le acosa el fantasma de esas caras sin torsos, que reptan sobre el lujo burlón de los muebles traídos de Guadix, se adhieren al gran tapiz con los emblemas de la Orden de Santiago, aparecen en las mesas, cerca de Erasmo y el Virgilio inútiles, entre la revuelta vajilla que, limpia de viandas, muestra en su tersura el "Ave María" heráldico del fundador.

"Don Pedro se niega a ver sus ojos hinchados y sus labios como higos secos, pero en el interior de su choza miserable y rica le acosa el fantasma de esas caras sin torsos, que reptan sobre el lujo burlón de los muebles traídos de Guadix."

El enfermo se retuerce como endemoniado. Su diestra, en la que se enrosca el rosario de madera, se aferra a las borlas del techo. Tira de ellas enfurecido, como si quisiera arrastrar el pabellón de damasco y sepultarse bajo sus bordadas alegorías. Pero hasta allí se hubiera deslizado la voz espectral de Osorio, el que hizo asesinar en la playa del Janeiro, y la de su hermano don Diego, ultimado por los querandíes el día de Corpus Christi, y las otras voces, más distantes, de los que condujo al saqueo de Roma, cuando el Papa tuvo que refugiarse con sus cardenales en el castillo de Sant'Angelo. Y si no hubiera llegado aquel plañir atroz de bocas sin lenguas, nunca hubiera logrado eludir la persecución de la carne corrupta, cuyo olor invade el aposento y es más fuerte que el de las medicinas. ¡Ay! no necesita asomarse a la ventana para recordar que allá afuera, en el centro mismo del real, oscilan los cadáveres de los tres españoles que mandó a la horca por haber hurtado un caballo y habérselo comido. Les imagina, despedazados, pues sabe que otros compañeros les devoraron los muslos.

¿Cuándo regresará Ayolas, Virgen del Buen Aire? ¿Cuándo regresarán los que fueron al Brasil en pos de víveres? ¿Cuándo terminará este martirio y partirán hacia la comarca del metal y de las perlas? Se muerde los labios, pero de ellos brota el rugido que aterroriza. Y su mirada turbia vuelve hacia los platos donde el pintado escudo del Marqués de Santillana finge a su extravío una fruta roja y verde.

Baitos, el ballestero, también imagina. Acurrucado en un rincón de su tienda, sobre el suelo duro, piensa que el Adelantado y sus capitanes se regalan con maravillosos festines, mientras él perece con las entrañas arañadas por el hambre. Su odio contra los jefes se torna entonces más frenético. Esa rabia le mantiene, le alimenta, le impide echarse a morir. Es un odio que nada justifica, pero que en su vida sin fervores obra como un estímulo violento. En Morón de la Frontera, detestaba al señorío. Si vino a América fue porque creyó que aquí se harían ricos los caballeros y los villanos, y no existirían diferencias. ¡Cómo se equivocó! España no envió a las Indias armada con tanta hidalguía como la que fondeó en el Río de la Plata. Todos se las daban de duques. En los puentes y en las cámaras departían como si estuvieran en palacios. Baitos les ha espiado con los ojos pequeños, entrecerrándolos bajo las cejas pobladas. El único que para él algo valía, pues se acercaba a veces a la soldadesca, era Juan Osorio, y ya se sabe lo qué pasó: le asesinaron en el Janeiro. Le asesinaron los señores por temor y por envidia. ¡Ah, cuánto, cuánto les odia, con sus ceremonias y sus aires! ¡Como si no nacieran todos de idéntica manera! Y más ira le causan cuando pretenden endulzar el tono y hablar a los marineros como si fueran sus iguales. ¡Mentira, mentiras! Tentado está de alegrarse por el desastre de la fundación que tan recio golpe ha asestado a las ambiciones de esos falsos príncipes. ¡Sí! ¿Y por qué no alegrarse?

El hambre le nubla el cerebro y le hace desvariar. Ahora culpa a los jefes de la situación. ¡El hambre! ¡el hambre! ¡ay! ¡clavar los dientes en un trozo de carne! Pero no lo hay... no lo hay... Hoy mismo, con su hermano Francisco, sosteniéndose el uno al otro, registraron el campamento. No queda nada que robar. Su hermano ha ofrecido vanamente, a cambio de un armadillo, de una culebra, de un cuero, de un bocado, la única alhaja que posee: ese anillo de plata que le entregó su madre al zarpar de San Lúcar y en el que hay labrada una cruz. Pero así hubiera ofrecido una montaña de oro, no lo hubiera logrado, porque no lo hay, porque no lo hay... No hay más que ceñirse el vientre que punzan los dolores y doblarse en dos y tiritar en un rincón de la tienda.

El viento esparce el hedor de los ahorcados. Baitos abre los ojos y se pasa la lengua sobre los labios deformes. ¡Los ahorcados! Esta noche le toca a su hermano montar guardia junto al patíbulo. Allí estará ahora, con la ballesta. ¿Por qué no arrastrarse hasta él? Entre los dos podrán descender uno de los cuerpos y entonces...

Toma su ancho cuchillo de caza y sale tambaleándose.



Es una noche muy fría del mes de junio. La luna macilenta hace palidecer las chozas, las tiendas y los fuegos escasos. Dijérase que por unas horas habrá paz con los indios, famélicos también, pues ha amenguado el ataque. Baitos busca un camino a ciegas entre las matas, hacia las horcas. Por aquí debe ser. Sí, allí están, allí están, como tres péndulos grotescos, los tres cuerpos mutilados. Cuelgan, sin brazos, sin piernas... Unos pasos más y los alcanzará. Su hermano andará cerca. Unos pasos más...

"Es una noche muy fría del mes de junio. La luna macilenta hace palidecer las chozas, las tiendas y los fuegos escasos. Dijérase que por unas horas habrá paz con los indios, famélicos también, pues ha amenguado el ataque."

Pero de repente surgen de la noche cuatro sombras. Se aproximan a una de las hogueras y el ballestero siente que se aviva su cólera, atizada por las presencias inoportunas. Ahora los ve. Son cuatro hidalgos, cuatro jefes: don Francisco de Mendoza, el adolescente que fuera mayordomo de don Fernando, Rey de los Romanos; don Diego Barba, muy joven, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén; Carlos Dubrin, hermano de leche de nuestro señor Carlos Quinto; y Bernardo Centurión, el genovés, antiguo cuatralvo de las galeras del Príncipe Andrea Doria.

Baitos se disimula detrás de una barrica. Le irrita observar que ni aun en estos momentos en que la muerte asedia a todos, han perdido nada de su empaque y de su orgullo. Por lo menos lo cree él así. Y tomándose de la cuba para no caer, pues ya no le restan casi fuerzas, comprueba que el caballero de San Juan luce todavía su roja cota de armas, con la cruz blanca de ocho puntas abierta como una flor en el lado izquierdo, y que el italiano lleva sobre la armadura la enorme capa de pieles de nutria que le envanece tanto.

A este Bernardo Centurión le execra más que a ningún otro. Ya en San Lúcar de Barrameda, cuando embarcaron, le cobró una aversión que ha crecido durante el viaje. Los cuentos de los soldados que a él se refieren fomentaron su animosidad. Sabe que ha sido capitán de cuatro galeras del Príncipe Doria y que ha luchado a sus órdenes en Nápoles y en Grecia. Los esclavos turcos bramaban bajo su látigo, encadenados a los remos. Sabe también que el gran almirante le dio ese manto de pieles el mismo día en que el Emperador le hizo a él la gracia del Toisón. ¿Y qué? ¿Acaso se explica tanto engreimiento? De verle, cuando venía a bordo de la nao, hubieran podido pensar que era el propio Andrea Doria quien venía a América. Tiene un modo de volver la cabeza morena, casi africana, y de hacer relampaguear los aros de oro sobre el cuello de pieles, que a Baitos le obliga a apretar los dientes y los puños. ¡Cuatralvo, cuatralvo de la armada del Príncipe Andrea Doria! ¿Y qué? ¿Será él menos hombre, por ventura? También dispone de dos brazos y de dos piernas y de cuanto es menester...

Conversan los señores en la claridad de la fogata. Brillan sus palmas y sus sortijas cuando las mueven con la sobriedad del ademán cortesano, brilla la cruz de Malta; brilla el encaje del mayordomo del Rey de los Romanos, sobre el desgarrado jubón; y el manto de nutrias se abre, suntuoso, cuando su dueño afirma las manos en las caderas. El genovés dobla la cabeza crespa con altanería y le tiemblan los aros redondos. Detrás, los tres cadáveres giran en los dedos del viento.

El hambre y el odio ahogan al ballestero. Quiere gritar mas no lo consigue y cae silenciosamente desvanecido sobre la hierba rala.

Cuando recobró el sentido, se había ocultado la luna y el fuego parpadeaba apenas, pronto a apagarse. Había callado el viento y se oían, remotos, los aullidos de la indiada. Se incorporó pesadamente y miró hacia las horcas. Casi no divisaba a los ajusticiados. Lo veía todo como arropado por una bruma leve. Alguien se movió, muy cerca. Retuvo la respiración, y el manto de nutrias del capitán de Doria se recortó, magnífico, a la luz roja de las brasas. Los otros ya no estaban allí. Nadie: ni el mayordomo del Rey, ni Carlos Dubrin, ni el caballero de San Juan. Nadie. Escudriñó en la oscuridad. Nadie: ni su hermano, ni tan siquiera el señor don Rodrigo de Cepeda, que a esa hora solía andar de ronda, con su libro de oraciones.

Bernardo Centurión se interpone entre él y los cadáveres: sólo Bernardo Centurión, pues los centinelas están lejos. Y a los pocos metros se balancean los cuerpos desflecados. El hambre le tortura en forma tal que comprende que si no la apacigua en seguida, enloquecerá. Se muerde un brazo hasta que siente, sobre la lengua, la tibieza de la sangre. Se devoraría a sí mismo, si pudiera. Se troncharía ese brazo. Y los tres cuerpos lívidos penden, con su espantosa tentación... Si el genovés se fuera de una vez por todas... de una vez por todas... ¿Y por qué no, en verdad, en su más terrible verdad, de una vez por todas? ¿Por qué no aprovechar la ocasión que se le brinda y suprimirle para siempre? Ninguno lo sabrá. Un salto y el cuchillo de caza se hundirá en la espalda del italiano. Pero, ¿podrá él, exhausto, saltar así? En Morón de la Frontera hubiera estado seguro de su destreza, de su agilidad...

No, no fue un salto; fue un abalanzarse de acorralado cazador. Tuvo que levantar la empuñadura afirmándose con las dos manos para clavar la hoja. ¡Y cómo desapareció en la suavidad de las nutrias! ¡Cómo se le fue hacia adentro, camino del corazón, en la carne de ese animal que está cazando y que ha logrado por fin! La bestia cae con un sordo gruñido, estremecida de convulsiones, y él cae encima y siente, sobre la cara, en la frente, en la nariz, en los pómulos, la caricia de la piel. Dos, tres veces arranca el cuchillo. En su delirio no sabe ya si ha muerto al cuatralvo del Príncipe Doria o a uno de los tigres que merodean en torno del campamento. Hasta que cesa todo estertor. Busca bajo el manto y al topar con un brazo del hombre que acaba de apuñalar, lo cercena con la faca e hinca en él los dientes que aguza el hambre. No piensa en el horror de lo que está haciendo, sino en morder, en saciarse. Sólo entonces la pincelada bermeja de las brasas le muestra más allá, mucho más allá, tumbado junto a la empalizada, al corsario italiano. Tiene una flecha plantada entre los ojos de vidrio. Los dientes de Baitos tropiezan con el anillo de plata de su madre, el anillo de una labrada cruz, y ve el rostro torcido de su hermano, entre esas pieles que Francisco le quitó al cuatralvo después de su muerte, para abrigarse.

El ballestero lanza un grito inhumano. Como un borracho se encarama en la estacada de troncos de sauce y ceibo, y se echa a correr barranca abajo, hacia las hogueras de los indios. Los ojos se le salen de las órbitas, como si la mano trunca de su hermano le fuera apretando la garganta más y más. ■

Noticia biográfica de Guillermo Piro. De *Misteriosa Buenos Aires*. Se reproduce aquí por gentileza Editorial Sudamericana.



Es una noche muy fría del mes de junio. La luna macilenta hace palidecer las chozas, las tiendas y los fuegos escasos. Dijérase que por unas horas habrá paz con los indios, famélicos también, pues ha amenguado el ataque. Baitos busca un camino a ciegas entre las matas, hacia las horcas. Por aquí debe ser. Sí, allí están, allí están, como tres péndulos grotescos, los tres cuerpos mutilados. Cuelgan, sin brazos, sin piernas... Unos pasos más y los alcanzará. Su hermano andará cerca. Unos pasos más...

Pero de repente surgen de la noche cuatro sombras. Se aproximan a una de las hogueras y el ballestero siente que se aviva su cólera, atizada por las presencias inoportunas. Ahora los ve. Son cuatro hidalgos, cuatro jefes: don Francisco de Mendoza, el adolescente que fuera mayordomo de don Fernando, Rey de los Romanos; don Diego Barba, muy joven, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén; Carlos Dubrin, hermano de leche de nuestro señor Carlos Quinto; y Bernardo Centurión, el genovés, antiguo cuatralvo de las galeras del Príncipe Andrea Doria.

Baitos se disimula detrás de una barrica. Le irrita observar que ni aun en estos momentos en que la muerte asedia a todos, han perdido nada de su empaque y de su orgullo. Por lo menos lo cree él así. Y tomándose de la cuba para no caer, pues ya no le restan casi fuerzas, comprueba que el caballero de San Juan luce todavía su roja cota de armas, con la cruz blanca de ocho puntas abierta como una flor en el lado izquierdo, y que el italiano lleva sobre la armadura la enorme capa de pieles de nutria que le envanece tanto.

A este Bernardo Centurión le execra más que a ningún otro. Ya en San Lúcar de Barrameda, cuando embarcaron, le cobró una aversión que ha crecido durante el viaje. Los cuentos de los soldados que a él se refieren fomentaron su animosidad. Sabe que ha sido capitán de cuatro galeras del Príncipe Doria y que ha luchado a sus órdenes en Nápoles y en Grecia. Los esclavos turcos bramaban bajo su látigo, encadenados a los remos. Sabe también que el gran almirante le dio ese manto de pieles el mismo día en que el Emperador le hizo a él la gracia del Toisón. ¿Y qué? ¿Acaso se explica tanto engreimiento? De verle, cuando venía a bordo de la nao, hubieran podido pensar que era el propio Andrea Doria quien venía a América. Tiene un modo de volver la cabeza morena, casi africana, y de hacer relampaguear los aros de oro sobre el cuello de pieles, que a Baitos le obliga a apretar los dientes y los puños. ¡Cuatralvo, cuatralvo de la armada del Príncipe Andrea Doria! ¿Y qué? ¿Será él menos hombre, por ventura? También dispone de dos brazos y de dos piernas y de cuanto es menester...

“Es una noche muy fría del mes de junio. La luna macilenta hace palidecer las chozas, las tiendas y los fuegos escasos. Dijérase que por unas horas habrá paz con los indios, famélicos también, pues ha amenguado el ataque.”

Conversan los señores en la claridad de la fogata. Brillan sus palmas y sus sortijas cuando las mueven con la sobriedad del ademán cortesano, brilla la cruz de Malta; brilla el encaje del mayordomo del Rey de los Romanos, sobre el desgarrado jubón; y el manto de nutrias se abre, suntuoso, cuando su dueño afirma las manos en las caderas. El genovés dobla la cabeza crespa con altanería y le tiemblan los aros redondos. Detrás, los tres cadáveres giran en los dedos del viento.

El hambre y el odio ahogan al ballestero. Quiere gritar mas no lo consigue y cae silenciosamente desvanecido sobre la hierba rala.

Cuando recobró el sentido, se había ocultado la luna y el fuego parpadeaba apenas, pronto a apagarse. Había callado el viento y se oían, remotos, los aullidos de la indiada. Se incorporó pesadamente y miró hacia las horcas. Casi no divisaba a los ajusticiados. Lo veía todo como arropado por una bruma leve. Alguien se movió, muy cerca. Retuvo la respiración, y el manto de nutrias del capitán de Doria se recortó, magnífico, a la luz roja de las brasas. Los otros ya no estaban allí. Nadie: ni el mayordomo del Rey, ni Carlos Dubrin, ni el caballero de San Juan. Nadie. Escudriñó en la oscuridad. Nadie: ni su hermano, ni tan siquiera el señor don Rodrigo de Cepeda, que a esa hora solía andar de ronda, con su libro de oraciones.

Bernardo Centurión se interpone entre él y los cadáveres: sólo Bernardo Centurión, pues los centinelas están lejos. Y a los pocos metros se balancean los cuerpos desflecados. El hambre le tortura en forma tal que comprende que si no la apacigua en seguida, enloquecerá. Se muerde un brazo hasta que siente, sobre la lengua, la tibieza de la sangre. Se devoraría a sí mismo, si pudiera. Se troncharía ese brazo. Y los tres cuerpos lívidos penden, con su espantosa tentación... Si el genovés se fuera de una vez por todas... de una vez por todas... ¿Y por qué no, en verdad, en su más terrible verdad, de una vez por todas? ¿Por qué no aprovechar la ocasión que se le brinda y suprimirle para siempre? Ninguno lo sabrá. Un salto y el cuchillo de caza se hundirá en la espalda del italiano. Pero, ¿podrá él, exhausto, saltar así? En Morón de la Frontera hubiera estado seguro de su destreza, de su agilidad...

No, no fue un salto; fue un abalanzarse de acorralado cazador. Tuvo que levantar la empuñadura afirmándose con las dos manos para clavar la hoja. ¡Y cómo desapareció en la suavidad de las nutrias! ¡Cómo se le fue hacia adentro, camino del corazón, en la carne de ese animal que está cazando y que ha logrado por fin! La bestia cae con un sordo gruñido, estremecida de convulsiones, y él cae encima y siente, sobre la cara, en la frente, en la nariz, en los pómulos, la caricia de la piel. Dos, tres veces arranca el cuchillo. En su delirio no sabe ya si ha muerto al cuatralvo del Príncipe Doria o a uno de los tigres que merodean en torno del campamento. Hasta que cesa todo estertor. Busca bajo el manto y al topar con un brazo del hombre que acaba de apuñalar, lo cercena con la faca e hinca en él los dientes que aguza el hambre. No piensa en el horror de lo que está haciendo, sino en morder, en saciarse. Sólo entonces la pincelada bermeja de las brasas le muestra más allá, mucho más allá, tumbado junto a la empalizada, al corsario italiano. Tiene una flecha plantada entre los ojos de vidrio. Los dientes de Baitos tropiezan con el anillo de plata de su madre, el anillo de una labrada cruz, y ve el rostro torcido de su hermano, entre esas pieles que Francisco le quitó al cuatralvo después de su muerte, para abrigarse.

El ballestero lanza un grito inhumano. Como un borracho se encarama en la estacada de troncos de sauce y ceibo, y se echa a correr barranca abajo, hacia las hogueras de los indios. Los ojos se le salen de las órbitas, como si la mano trunca de su hermano le fuera apretando la garganta más y más. ■

mbre

Mujica Lainez

ditorial Sudamericana.

La Rambla

GUÍA DE MAR DEL PLATA

BALLET Y DANZAS

TANGO
Asociación Marplatense de Tango.
Papa Montero, España 1939
Sábados y domingos - 21 hs.
Entrada: $ 3 - Con consumición.

LOS MALAGUEÑOS
Alegrías, duende... y olé.
Teatro Roberto J. Payró - Rambla Casino Central. Bv. Marítimo 2274 3er. Piso. Lunes y martes - 21.30 hs.
Entrada: $ 10 y $ 6.-

LA NAVE ENTRE-ABIERTA
Danza itinerante. Grupo Danzares.
Teatro Auditorium. Espacio Nave.
Edificio Casino Central. Martes - 22 hs.

GALAS ESPAÑOLAS '98
Beatriz Fernández.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202
Miércoles - 22 hs. Entrada: $ 6 y $ 3.

GRANDES PEÑAS BAILABLES
Actuación de artistas locales y del país.
Danzas tradicionales y de proyección.
Casa del Folklore, San Juan 2543.
Sábado - 22 hs.

ZARZUELA
Luisa Fernanda.
Teatro Roberto J. Payró - Rambla Casino Central. Bv. Marítimo 2274 3er. Piso. Miércoles a domingo - 22.30 hs.

LOS ZAPATOS AL CUELLO
Marisa Gozzi Compañía de Danzas - Teatro de la Universidad Nacional de Mar del Plata.Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla, Edificio Casino Central. Días 11 y 12 - 21.30 hs.
Entrada: $ 5.

HUELLA SUR
Folklore argentino.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Día 16 - 21.30 hs. Entrada: $ 3.

DOLSKA
Grupo de danzas El Portón. Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla. Edificio Casino Central. Días 18 y 19 - 21.30 hs.

BALLET ATLANTICO
Dir. Beatriz Schraiber. Balletino (Ballet en un acto), Etudes / Danzas Polovtsianas. Teatro Auditorium - Sala Astor Piazzolla, Edificio Casino Central. Días 25 y 26 - 21.30 hs. Entrada: $ 10.

BALLET Y POESIA AL ATARDECER
Dirigido por Beatriz Schraiber - Carnaval Veneciano y Carmina Burana (fragmento). OSDE - Las Heras 3473. Día 20 - 21 hs.

TANGO
Nito & Elba y Davenfor Jazz Band.
Confitería Orión, Av. Luro y Bv. Marítimo. Miércoles y sábados - 23.30 hs.

ZONA MORBIDA
La Nouvelle Danse. Teatro Tronador, Sgo. del Estero 1752. Días 25 y 26 - 21.30 hs. Entrada: $ 10.

CINE

12º CICLO ANUAL DE VIDEO - OPERA
Asociación Amigos de la Opera.
Salón Cultural Rufino Inda, Automóvil Club Argentino.
Av. Colón 2450 1º piso.
Domingos - 20.30 hs.
Programación:
Día 1º: Lucía Di Lammermoor - Donizetti.
Día 8: Stiffelio - Verdi.
Día 15: Eugenio Oneguin - Tchaikovsky.
Día 22: Turandot - Puccini.

CICLO DE POESIA EN EL CINE
René Villar.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Días 1, 8 y 15 - 19 hs.
Programación:
Día 1: El fantasma de la libertad.
Día 8: Las veredas de Saturno.
Día 15: Orfeo Negro.
Entrada: $ 3.

CINE ARTE AUDITORIUM: LO MEJOR DEL FESTIVAL
Lección de Tango.
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla. Edificio Casino Central.
Miércoles y jueves - 24 hs.

CINE PARA ADULTOS
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202
Jueves - 21.30 hs.

CICLO KRISHNAMURTI EN VIDEO
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Día 17 - 19.30 hs.
Entrada: $ 3.

CICLO ENIGMAS DEL COSMOS
Videos sobre OVNIS con debate.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Día 22 - 19 hs.
Entrada: $ 3.

CICLO DE VIDEOS
Costumbres y tradiciones de nuestro país y región.
Museo Municipal José Hernández, Ruta 226 Km. 15. Laguna de los Padres.
Sábados - por la tarde.

MUESTRAS

MARPLATENSE
Jorge Salas.
OSDE, Las Heras 3473.
Desde el 10.

PASEO EXPLANADA
Un paseo por 44 propuestas de diseño, arquitectura y decoración. Servicio de cafetería y restaurant. Internet gratis en cibercafé, del Patio. Stands. Exposiciones de arte.
Garay 21.
Diariamente - 17 a 2 hs.
Entrada: $ 3.

PESEBRE
Pesebre escultórico, obra del artista Malavi Mendoza realizada en tamaño natural del Niño, María, José y los Tres Reyes Magos.
OSDE, Las Heras 3473.
Diariamente.

PESEBRE
Figuras de tamaño grande, 80 mts. de largo x 10 de ancho. Corrales de animales.
Solís 5710.
Diariamente.

PINTURAS
Expondrá Mara Silvestre.
Hotel Continental, Córdoba 1929.
Diariamente - 8 a 11 y 15 a 20.30 hs.

PINTURAS
Exposición de José Solla Pinturas obra actual.
Centro Médico Mar del Plata, San Luis 1978.
Del 9 al 28 - 19 a 23 hs.

FIESTAS

BUSQUEDA DEL TESORO
Competencias lúdicas, pruebas de ingenio, humor, educación vial, encuadradas en las normas de tránsito.
Inscripción: Emtur Mar del Plata, Bv. Marítimo 2265.
Día 7.

INFANTILES

LA FLACA ESCOPETA DISPARA DE NUEVO
Linda Peretz - Fabián Gianola - Marixa Balli. A beneficio de UNICEF.
Teatro Corrientes, Corrientes 1766.
Viernes a martes - 20 hs.

EL CASTILLO KIENDEPENDE
Títeres para chicos y grandes.
Alejandro Lucero y Jorge R. Wollands.
Asociación Bancaria, San Luis 2069.
Jueves a lunes - 20.30 hs.
Entrada: $ 4.
Días lluviosos 18 hs.

LA CACHAÑA
Música argentina para chicos y grandes.
Divertido viaje por la Argentina, visitando ritmo, baile y canciones.
A beneficio de la cooperadora del Instituto Unzué.
Hogar Saturnino Enrique Unzué, Jujuy 77.
Viernes a domingo - 20.30 hs. Función especial día de lluvia 16.30 hs.
Entrada: $ 5.

VIENTO EN POPA
Grupo Teatrantes.
Mónica Arrech, Alfredo Bruzone, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leonardo Rizzi.
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla. Edificio Casino Central.
Jueves a domingo - 19.30 hs.
Entrada: $ 4.

PATAS CORTAS
Grupo Teatrantes.
Teatro Auditorium, Sala Gregorio Nachman, Edificio Casino Central.
Lunes y martes - 19.30 hs.
Entrada: $ 4.

EL PRINCIPITO
Obra de teatro de Magenia Mujica.
Museo Archivo Histórico Municipal "Roberto Barilli", Lamadrid 3870.
Lunes - 20 hs.
Se suspende en caso de lluvia.

ESPECTACULOS

LABERINTUS CIRCUS
Compañía de teatro de mimo, danza y arte circense Charivari.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredon", 25 de Mayo 3202.
Jueves a domingos - 20.15 hs.

EXPRESIONES PARA LA TERCERA EDAD
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Jueves - 18 hs.
Entrada: gratuita.

ENCUENTROS CON EL ARTE
Daniel Abadie.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202
Días 8 y 22 - 19.30 hs.
Entrada: $ 3.

CIRCULO MARPLATENSE DE CANTO ENRICO CARUSO
Programación:
Día 25: 21.30 hs. Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
Proyección del Film "Carusso" con Gina Lollobrigida y Mario del Mónaco.
Día 26: 20.30 hs. Club General Pueyrredón, Hipólito Yrigoyen 1665.
Recital del tenor Héctor Lemmi.
Día 27: 10 hs. Plazoleta Enrico Caruso, Entre Ríos y Av. Luro.
Palabras alusivas, entonación de los himnos argentino e italiano - canzonetas napolitanas.

EXPOSICIONES

CASTAGNINO EN EL CASTAGNINO
Pasteles - Tintas.
Exposición de obras inéditas de la colección particular del Sr. Alvaro Castagnino. Material fotográfico y objetos personales del maestro.
Museo Municipal de Arte "Juan Carlos Castagnino", Av. Colón 1189.
Diariamente - 17 a 22 hs.
Entrada: $ 2.

COLECCION DE MUÑECAS DE PORCELANAS
Siglo XIX y principios del XX - Edad de Oro. Originales y reproducción.
Colecciones privadas.
Museo Municipal de Arte "Juan Carlos Castagnino", Av. Colón 1189.
Diariamente - 17 a 22 hs.
Entrada: $ 2.

EL MATE CUENTA SU HISTORIA
Perteneciente al Museo de Motivos Populares José Hernández. La exposición se compone de 51 piezas, entre bombillas, mates y yerberas elaboradas en distintos materiales, en su mayoría de plata, pero también de hierro, asta, calabaza y cuero. Se acompaña de un guión en primera persona que relata la historia y aspectos de esta tradición argentina. Museo Municipal "José Hernández", Ruta 226 Km. 14,5.
Diariamente - 11 a 18 hs.
Entrada: $ 2.

GEA - LA AVENTURA DE LA TIERRA
Exposición didáctica cuyo tema principal es la historia de la Tierra, representada en sus tres períodos: Paleozoico - Mesozoico - Cenozoico.
Museo Municipal de Ciencias Naturales "Lorenzo Scaglia", Plaza España, Av. Libertad 3099.
Diariamente - 17 a 22 hs.
Días de lluvia desde las 15 hs.Entrada: $ 3.

MAR DEL PLATA Y CASTAGNINO
Centro Cultural Victoria Ocampo "Villa Victoria", Matheu 1851. Diariamente - 17 a 21 hs. Entrada: $ 2.

EXPOSICION DE PINTURAS
Cleto Ciocchini y pintores marplatenses.
Museo del Hombre del Puerto "Cleto Ciocchini", Padre Dutto 383.
Martes a sábados - 17 a 21 hs.
Entrada: $ 2.

ESENCIAS
Pinturas y esculturas.
Cristina Zelaschi y Norma Duek.
Fundación Bolsa de Comercio - Olavarría 2464. Diariamente.

MUESTRA DEL ARTISTA PLASTICO ERNESTO DI SOPRA CASCO
Presentará obras realizadas en la técnica de Pintura con base a Yerba Mate y Café, el lunes 26 de enero del corriente, a las 19.30 hs. en homenaje al compañero JOSE LUIS CABEZAS, en el Instituto de Artes Visuales Miguel Angel. Escuela de Fotografía Piero Introcaso. Belgrano 2879.

NOTICIAS

CENTRO VASCO
El Centro Vasco Denak Bat realizará un espectáculo artístico el 7 de febrero que ha sido declarado de Interés Municipal según decreto firmado por el intendente municipal Elio Aprile. Dicha presentación se denomina Tamborrada Donastiarra en Mar del Plata. Se trata de revivir una fiesta tradicional del País Vasco que desde hace más de doscientos años se desarrolla en la ciudad de San Sebastián. La Tamborrada se llevará adelante en el escenario a levantarse en San Martín entre Hipólito Irigoyen y Mitre, comenzando a las 21.00 con la presencia de numerosas delegaciones vascas provenientes de diferentes lugares del país.

FIESTA DE MAR DEL PLATA
José Ibáñez, coordinador general de la VII Fiesta de Mar del Plata, que fue declarada de Interés Turístico por el Ente Municipal de Turismo (EMTUR), concurrió a la sede de la dependencia para dar cuenta de la tradicional realización que tiene por objetivo celebrar el aniversario de la ciudad de Mar del Plata. El acontecimiento quedará inaugurado el próximo 6 de febrero a las 21.00 en el anfiteatro de Plaza Italia, en la zona portuaria, para extenderse hasta el día 15 con una serie de espectáculos artísticos, culturales y deportivos. El epicentro de la celebración estará centrada el 10 de febrero, día del cumpleaños de la ciudad.

EXHIBICION
La Reina Nacional del Mar, Silvia Lorena Russo, junto a sus princesas, será invitada de honor de los guardavidas marplatenses, cuando el 4 de febrero desarrollen en Playa Popular (Rivadavia y la Costa) la tradicional exhibición de Rescate Competitivo, con participaciones de delegaciones de localidades vecinas y diez equipos representativos de la ciudad. El próximo lunes 2 de febrero a las 20.30 el sindicato de Guardavidas y Afines ofrecerá una conferencia y agasajo a la prensa para informar acerca de la realización de la competencia. El encuentro será en "Lo del Ronco",Castelli entre Güemes y Olavarría. Por otra parte, este domingo 1º de febrero a las 11.00 el sindicato organizará la primera prueba de Campeonato de Natación de Aguas Abiertas.

REUNION DE DIRECTORIO
Con la presencia de su titular, Carlos Patrani, se desarrolló este jueves 29 de enero una nueva reunión del directorio del Ente Municipal de Turismo (EMTUR). Durante el encuentro se abordaron importantes temas, entre ellos, aspectos del proyecto de ordenanza de cuadros tarifarios de merchandising, la marcha del concurso para Gerente de Marketing, análisis de la reciente Fiesta Nacional del Mar y aspectos relacionados con la diagramación y programación del próximo acto de entrega de los premios Estrella de Mar. Al mismo tiempo, los directores analizaron el balance de gestión 1997 del Ente y se programaron cuestiones atinentes a las reuniones de las distintas comisiones internas del EMTUR.